



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: La comunidad iberoamericana ante dos interrogantes

Autor: Rubio Cordón, José Luis

Forma sugerida de citar: Rubio, J. L. (1997). La comunidad iberoamericana ante dos interrogantes. *Cuadernos Americanos*, 3(63), 33-45.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año XI, núm. 63, (mayo-junio de 1997).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional).

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México.
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,
Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

✓ **Atribución:** usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.

✓ **No comercial:** usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.

✓ **Sin derivados:** si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

LA COMUNIDAD IBEROAMERICANA ANTE DOS INTERROGANTES

Por José Luis RUBIO CORDÓN
UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

Nosotros somos un pequeño género humano.

Simón Bolívar, *Carta de Jamaica*

ÉSTA ES UNA EXPOSICIÓN MUY SUBJETIVA, enteramente personal. Y, por lo tanto, abiertamente discutible.

Voy a cumplir 73 años, y toda mi vida ha sido una pugna por la integración de la América indohispana, según el ideal de Bolívar, y por la participación de España en esa unidad según el más amplio sueño bolivariano. Siempre he ansiado, he soñado, con el momento en que las naves bolivarianas desembarcaran en la península ibérica para reconquistarla.

No ha sido así, hasta ahora. Pero la Historia no se acaba. El futuro está siempre por escribirse. Y los sueños están por ser contados. Yo cuento los míos, desvergonzadamente. Si no lo hago a estas alturas, ¿cuándo lo voy a hacer?

Les hablo de la Comunidad Iberoamericana, reunida no hace mucho en su VI Cumbre en estas tierras de Chile, con la asistencia plena de los máximos dignatarios de nuestros países —incluido el de Cuba. Por cierto, en contraste con una posterior Cumbre panamericana, en Bolivia, que cosechó una mayoritaria ausencia de tales mandatarios —y, por supuesto, del de Cuba.

Lo primero nos da cierto optimismo. No porque de esas Cumbres salgan decisiones trascendentales, sino, simplemente, porque de ellas brotan lazos de amistad cada vez más familiares.

Pero, al encararnos con esa Comunidad, se nos presentan dos interrogantes, sobre los que deseo tratar.

La Comunidad Iberoamericana no ha sido constituida aún en forma definitiva, pero se encuentra en un avanzado estado de con-

creción a través de las Conferencias Iberoamericanas (o Cumbres Iberoamericanas de Jefes de Estado y de Gobierno) realizadas en Guadalajara, México (1991), Madrid, España (1992), Salvador de Bahía, Brasil (1993), Cartagena de Indias, Colombia (1994), San Carlos de Bariloche, Argentina (1995) y Viña del Mar, Chile (1996), así como las anunciadas para 1997 en Venezuela, 1998 en Portugal, 1999 en Cuba, 2000 en Panamá, 2001 en Perú y, probablemente, en la República Dominicana durante el 2002.

Esa comunidad en gestación ha surgido y se mantiene, como es evidente, brotando de la base de un pasado histórico-cultural común, pero en un pasado en el que late el sentimiento de que también puede haber algo de común en el futuro.

Y aquí surge el primer interrogante: ¿puede, realmente, esa Comunidad, partiendo de un pasado, contener un futuro común? Es decir, ¿comporta, o puede comportar, esa Comunidad una acción, una tarea, un destino, una causa común en el mundo —presente y futuro—, o lo que es lo mismo: una Patria Grande? ¿Contiene, o tiene potencialidad para contener, un proyecto universal diferenciado de los otros proyectos en presencia? ¿O, por el contrario, no tiene otro proyecto universal hoy dominante? ¿Debe limitarse o no a ser parte secundaria de ese otro gran proyecto —la modernidad occidental euronorteamericana—, más que proyecto, realidad imperante? ¿Tendría que reducirse a los límites de la nostalgia, a la pura rememoración de lo que fue y a la exaltación de la herencia de sus dos lenguas ibéricas, a ser un Instituto Cervantes más amplio?

La Comunidad Iberoamericana está hoy, política y económicamente, en cierta medida y por determinados países, integrada en otras comunidades o uniones: España y Portugal en la Unión Europea, México en la Zona Norteamericana de Libre Comercio, y Puerto Rico en los propios Estados Unidos.

Surge aquí el segundo interrogante: ¿puede esa Comunidad Iberoamericana mantenerse y afianzarse como tal Comunidad con acción universal propia, no limitada a las conmemoraciones nostálgicas, a pesar de su dispersión económica y política actual, o ha de desaparecer conservando solamente la unidad en el recuerdo del pasado, cultivando el tesoro común de sus dos lenguas hermanas?

La respuesta al primer interrogante es lo que nos puede dar con claridad la forma de encarar la respuesta del segundo. Si hay causa común, habrá necesidad de Comunidad actuante.

*La Comunidad Iberoamericana tiene sentido***¿HAY una causa que defender?**

No cabe abordar esta cuestión sin colocarse descarnadamente ante el estadio actual —para muchos, final— de un curso de la historia de Occidente signado por el triunfo de una determinada visión de la vida humana, frente a otra visión derrotada en principio.

Aunque no nos planteemos un debate de ortodoxias religiosas, no puede desconocerse que late en el fondo de la pugna una cuestión teológica. La tesis de la justificación luterana (las obras no importan para la salvación, sólo la fe) y la tesis de la doble predestinación de los calvinistas (hay predestinados a la salvación y éstos son los triunfadores aquí, y hay predestinados a la condenación que son aquí los perdedores) aportan un planteamiento protestante que conduce a la exaltación individualista, con toda su ingente capacidad de progreso y de injusticia. La tesis del libre albedrío (la fe sin obras no basta, no hay predestinados) aporta un planteamiento católico, con sus ineficacias —no insalvables— pero abierto siempre a la Utopía. No se trata solamente de dos credos religiosos: se trata de dos talantes vitales, en los que cabe la fe o la manifestada increencia, pero que conducen de un lado al hombre para sí mismo, y sólo para sí mismo, y de otro al hombre con una necesaria dimensión comunitaria. El pragmatismo acomodaticio es protestante —creyente o increyente. La utopía esperanzada es católica —creyente o no.

El triunfo histórico de la visión protestante-anglosajona sobre la visión católico-hispana, logrado en los tres últimos siglos, ha proporcionado a la primera un espléndido éxito material en sus zonas centrales y un descalabro creciente en las zonas periféricas. La degradación interna en la abrumadora riqueza se hace simultánea con la catástrofe a la que se ha lanzado a la humanidad externa. El experimento ha llegado a su final, a su reducción al absurdo.

Pero de ninguna manera el modelo triunfante es aceptable por los supuestos predestinados a la condenación en el interior o en el exterior, por los que, dentro o fuera, *sobran*, están de más, no tienen sitio en el sistema.

Pienso que el curso de la aventura occidental ha entrado ya en su punto final, en su conclusión última. Algo que encierra, con un deslumbrante desarrollo material, una paralela y sombría degradación moral.

Ya hemos llegado. Y, ¿adónde hemos llegado? ¿A qué hemos llegado?

En una esquina, la rica y poderosa de la humanidad, se ha llegado a niveles de vida espectacularmente elevados, a un consumo deslumbrante de bienes y servicios. Ciertamente, pero junto a ello, en el interior mismo de esta esquina poderosa y rica, se ha llegado al drama de los niveles crecientes de desempleo, a que el paro masivo sea un hecho estructural y no coyuntural. Es decir: a que *sobre* gran parte de la población; a que, en definitiva, se trate de conseguir progresivamente que la población se reduzca en forma drástica. Mientras menos, mejor. Y, por otra parte, fuera de esa esquina pujante, al resto mayoritario y pobre de la humanidad se le considera como una rémora para la estabilidad del sistema, como un conjunto de poblaciones que en realidad estorban, están de más, *sobran*, y, por lo tanto, han de ser —y de hecho son— arrojados a los sumideros de la Historia.

Como en el cuento de *El conde Lucanor* —en “El rey orgulloso” — la opción occidental triunfante puso como primer escalón de su aventura la corrección del bíblico himno “El Señor humilló a los poderosos y ensalzó a los humildes”, sustituyéndolo por “El Señor ensalzó a los poderosos y humilló a los humildes”. Desde ese primer peldaño, escalón a escalón, el Occidente victorioso alcanza ahora una etapa final. La ley suprema del beneficio personal —tan eficaz, evidentemente, para el progreso material— ha conducido a un punto en donde los problemas económico-sociales sólo pueden resolverse dentro del sistema partiendo de la aceptación de que gran parte de la humanidad *sobra*: condenar a la mayoría para salvar a la minoría.

Naturalmente, no es así como se expone públicamente la cuestión. Pero es así como late en el fondo de las definiciones prácticas de la esquina rica del mundo (por más que en esa misma esquina, como no podía ser menos, reservas sólidas de sentido humano presenten un clamor constante de rebeldía).

Ya hemos llegado. Parece que éste es el final de la aventura occidental emprendida hace siglos. El individuo *para sí y sólo para sí* condujo a la disolución moral de la sociedad, quemando a su paso la solidaridad de los hijos de un Dios común, de una Patria común, de una Humanidad común, e, incluso, de una Clase común.

Asistimos al despliegue, descarado en los hechos, encubierto en las palabras, de un arrasador darwinismo social de los pueblos ricos.

Si, como saben los biólogos evolucionistas, las especies evolucionaron a través de la selección natural, al alcanzarse el nivel humano —el *Homo sapiens sapiens*— (algo que los creyentes pueden

definir como el punto de llegada previsto, al que estaba encaminada la evolución, el que justificaba en definitiva todo el proceso, y el increíble puede pensar que es el resultado del simple azar), se produce un cambio cualitativo esencial: el hombre, por sí mismo, pudo poner fin a este proceso de selección a través de la sobrevivencia del más fuerte, del mejor dotado, afirmando una solidaridad con el otro ser humano más débil. El hombre podía establecer después de tantos millones de años de *ley de la selva*, la *ley de la fraternidad*. Podía establecer, frente a la competencia, la solidaridad.

Pues bien: esa hazaña de la solidaridad humana está siendo negada hoy más que nunca —en los hechos e, incluso, más allá en la teorización— por el darwinismo social que ejercen: a) los sectores ricos, en el interior de las naciones ricas, sobre los sectores pobres de las mismas, y b) las naciones ricas sobre las naciones pobres.

A lo largo de millones de años, de miles de siglos, los seres vivos más fuertes y resistentes dijeron con su mudo lenguaje a los seres más débiles: *sobrais*.

Y ése es el mensaje, más mudo aún porque está encubierto por la hipocresía de la sociedad rica y del mundo rico a la sociedad y al mundo pobre: *sobrais*. El capital, que se mueve —tanto *más* cuanto *más* concentrado se presente y tanto *más* cuanto *menos* es corregido por parte de los poderes públicos y sociales—, con el único criterio del beneficio, establece el principio motor de la competitividad —o se es competitivo o se desaparece— en el comercio global. Y esa competitividad como único criterio —sin frenos legales— lleva inexorablemente a la expulsión masiva de trabajadores de sus empleos: *sobran*. Caritativamente, se les puede subsidiar mientras vivan. Pero, decididamente, la generación próxima, en su mayor parte, *sobra*.

Esta dramática realidad en el orden interno de los países ricos se multiplica hasta el “holocausto masivo” con los países pobres.

El espectáculo de muchas zonas de Iberoamérica y de Asia va entrando en los límites del desastre definitivo, pero el África negra ya está dentro de ese desastre. África *sobra*.

A esto hemos llegado. A lo que para algunos, dominantes, es el fin paradigmático de la Historia, sin alternativa, sin Utopías de futuro distintas por las cuales luchar.

La percepción del modelo nos hace evidente que no es imitable por todos, ni siquiera por un alto porcentaje de los que hoy no lo han alcanzado. Pero sus teóricos nos golpean el cerebro con la

idea dogmatizada de que no hay otro, de que éste es inevitable: o capitalismo salvaje o muerte.

El despliegue de la alternativa triunfadora nos ha traído a esta sociedad que en un ángulo reducido acumula poderío y riqueza —pero llevando en su seno cargas crecientes de desasosiego— y en el resto acumula debilidad y pobreza —aunque con sectores reducidos de poderosos y gozadores. Un despliegue tecnológico que se ha convertido en los últimos tiempos en deslumbradora continuidad de progresos, y una mayoría humana en retroceso, lanzada a su desaparición. Clases y pueblos, tal vez continentes, que no interesan, que *sobran*.

En ese despliegue queda marginada, preterida, otra posibilidad, escondida en el atraso de los pueblos indohispanos (aunque no haya que buscar la única causa de su situación en la enemistad de los otros. Sin duda, en su mayor parte, en los errores y torpezas propias está la razón de su frustración histórica).

Pero esa otra posibilidad no fue, con todo, aniquilada: siguió, simplemente, viviendo, germinando, guardando en una inmensa medida su propio significado. Y ahora, cuando los victoriosos alcanzan el último fruto de lo que tan ufantemente proyectaron en la incoherencia del mundo presente, resulta que los derrotados están ahí, viven, conservan su identidad en enorme medida. Pueden superar sus errores y ofrecer la coherencia humana de su propio sentido.

El debate se centra en si la potencialidad de este sentido —cuando ahora, precisamente en este tiempo, la línea contradictoria ha llegado al absurdo— ha de plegarse a este absurdo o ha de avanzar y ofrecerse en su propio camino (parece increíble, pero el mayor despliegue de fuerzas se inclina entre nosotros por la primera vía, considerando la contraria puro “arcaísmo” retórico. Enredados entre los hilos de la eficiencia modernizadora del proyecto anglosajón, de la negación de toda posibilidad en otra línea, los más amplios sectores de nuestras minorías conductoras entran en el debate desde una neta autodenigración. Y, curiosamente, hasta buena parte de la minoría con sentido social —lo que se ha venido denominando “izquierda”— se hace servidora de la concepción más individualista, con tal de que no se la considere “reaccionaria”).

Frente a tanta negación, cabe afirmar que, además de la unidad histórico-cultural e idiomática asentada en el pasado, existe en la Comunidad Iberoamericana —o Indohispana— una unidad asentada en el futuro, del que el pasado fue tal vez sólo una etapa germinal. Existe en cuanto ofrece un proyecto de validez universal

basado en la idea de la síntesis, del *mestizaje*. Ante la parcialidad de las otras unidades (blancas, amarillas, negras... occidentales y orientales... individualistas y estatistas...), la nuestra está abocada desde sus raíces a una apuesta por la integración, tanto de razas como de culturas, como de sistemas, en una síntesis más humana que apueste por la resolución de las tensiones mundiales del presente. En definitiva, basada en la idea —teológica y terrenal— de que las obras y no sólo la fe (la fe con obras, para los cristianos) nos salvan, en la idea de que no hay predestinados sino que cada cual —individuo, grupo o pueblo— es hijo de sus obras, en la idea de que esas obras se han de medir, en última instancia, por lo que hacemos con el hermano individuo, grupo o pueblo.

La Comunidad Iberoamericana *tiene* razón de ser porque tiene *causa* común. Si no la tuviera, no tendría más que el sentido de unas nostalgias compartidas. Pero existe la *causa* común y por ello existe la Patria Grande. No una patria para avasallar, para justificar cualquier agresión, cualquier sinrazón, sino para ofrecerse. Con la que se está con razón y se deja de estar sin ella.

La Comunidad Iberoamericana es posible

CON esta convicción *¿cómo* podemos resolver en comunidad el problema que nos plantea nuestra dispersión presente, cómo constituir desde esa dispersión la Patria Grande?

En efecto: sumergidos —al menos en parte, al menos algunos países— en otras uniones supranacionales, económica y políticamente, caben tres alternativas:

— En primer lugar, *nuestra disolución plena en las otras unidades*, renunciando a nuestra propia Patria Grande, asumiendo íntegramente cada país de la teórica Comunidad Iberoamericana en el quehacer mundial de las otras unidades en que nos integramos, conservando, todo lo más, la retórica del pasado, incluso una Cumbre para el desahogo de esa retórica. Un minimalismo de renuncia definitiva.

— En segundo lugar, y en contraposición radical con la alternativa anterior, *el abandono urgente de nuestras inserciones en otras unidades* para constituir la nuestra en que Patria Grande común equivalga a unidad política y económica. Un maximalismo radical.

— Y en tercer lugar, fuera de esas dos alternativas extremas, *la afirmación nítida de la Patria Grande común a pesar de la pertenencia de algunos de nosotros a unidades extraiberoamericanas*, políticas y

económicas. Es decir, unir a la presencia activa en esas unidades la constante acción de la propia nuestra, ofreciendo nuestro proyecto común, tendente, precisamente, a la difusión de nuestro ideal clave, de nuestra causa en el mundo: el principio del *mestizaje* —tanto étnico como cultural y de sistemas. No sólo afirmar en nosotros ese proyecto de validez universal. Más aún: llevar al seno de las otras unidades una pacífica rebeldía contra los planteamientos que han promovido la catástrofe actual.

Si el grado de nuestras conexiones actuales con las otras uniones (Europa y América del Norte) hace, por ahora, prácticamente imposible el abandono de esta realidad —que, en mayor o menor medida, ciertamente nos enfeuda, condiciona y deforma—, pero creemos en la idea de una *causa* propia, un proyecto defendible y adaptable a todos, se hace necesario, salvando todas las dificultades presentes, todos esos enfeudamientos, condicionantes y deformaciones, mantener en la dispersión la unidad de la gran tarea singular, mantener la cohesión interna de la causa común, pese a la desconexión política y económica real.

¿Es ello posible? Es ello posible. La experiencia de un siglo de vida de Puerto Rico lo demuestra. Pese a todas la presiones deformadoras, Borinquen sigue siendo un pueblo iberoamericano.

¿Qué causa?

NUESTRA vía, la que contiene la Comunidad Iberoamericana, es la misma que la de todos los que en las distintas latitudes levantaron ideales de Utopía liberadora del individualismo, afirmando al individuo pero concibiéndolo como hecho para la solidaridad.

Lo que se presenta ante nosotros, en última instancia, es la necesidad de resolver el dilema entre una modernización occidental neta, como la existente en la parte más rica del mundo actual, y otra modernidad indohispana, fruto de la mestización, en los diversos niveles, que integre los factores positivos de aquella modernidad occidental con los factores propios que eludan sus defectos.

La modernidad occidental, que se nos ofrece como ejemplo, encierra en sí factores negativos que la ponen en discusión ante la conciencia humana. Muy esquemáticamente:

— Establece, en primer lugar, *una creciente insolidaridad en su interior* que comporta un enfrentamiento de clases, no ya principalmente entre propietarios y proletarios, sino entre quienes tienen un puesto de trabajo y quienes no lo tienen. La perspectiva para

amplios sectores, especialmente jóvenes, de un futuro sin trabajo, de una trayectoria vital en la que nada se aportará al conjunto y se vivirá, todo lo más, de la caridad de éste, representa un panorama desalentador, ante el que sólo se levantan políticas antinatalistas (no más hijos, aliento a las uniones infecundas, etc.) porque, sencillamente, para el sistema sobran muchos hombres.

— Establece, en segundo lugar, *una creciente insolidaridad ante el mundo exterior* al de las naciones ricas, que lanza a su destrucción a las pobres, para que desaparezcan enteras por el sumidero de la historia, porque, sencillamente, para el sistema sobran muchos pueblos.

— Y establece, en tercer lugar, *una creciente insolidaridad con las poblaciones futuras*, al esquilmar sin freno las reservas naturales, expropiando con ello a las generaciones que nos sigan, que se encontrarán sin los recursos que hoy derrochamos.

La comunidad indohispana atesora en su interior valores que pueden ofrecerse como antídotos de estas insolidaridades, no para salvaguardarse ella misma, sino para ofrecerse como posibilidad de síntesis para todos, adaptable a los modos propios de cada pueblo.

A condición de que no nos situemos en el mundo presente, cada pueblo iberoamericano, en su rincón de una unión extracomunitaria, como apresurado imitador de los que hoy establecen las pautas de modernización, ansioso de alcanzar en el menor tiempo posible cuotas de bienestar cada día más altas. A condición de que realicemos la propia estrategia para una convivencia *austera* pero humanamente *digna* para todos.

Ante el desenlace presente de una determinada modernización, aparentemente exitosa pero íntimamente fracasada como hogar de todos los hombres, ¿qué podemos y debemos mostrar y ofrecer que no sea, como tanto se ha intentado, una pobre reproducción del *modelo único* e incluso del *pensamiento único*?

En resumen:

— Puede la Comunidad Iberoamericana, en primer lugar, *luchar por la solidaridad interna*, con una democracia de la más amplia participación: completando la democracia política, que se asume plenamente como forma superior de convivencia, con la creciente participación de los elementos y valores indígenas (y negros-africanos), necesarios para la superación de la parcialidad blanca de la civilización imperante. Completando, asimismo, esa democracia irrenunciable (con su sistema de partidos y elecciones periódicas del legislativo y ejecutivo) con la apertura de otras vías de representación locales, regionales, profesionales, etc., bajo el principio

de pluralidad de vías de representación: acceso directo a las instancias de poder de los movimientos sociales de base. Condicionando las necesarias leyes del mercado con la intervención pública o social que impida las deformaciones o injusticias del mercado sin frenos.

— En segundo lugar, *luchar por la solidaridad internacional*, por la disminución de las desigualdades entre países, edificando una solidaridad —de justicia, y no de beneficencia— con los pueblos peor situados que los nuestros, ofreciendo un modelo de desarrollo en la *solidaridad* y en la *austeridad*, frente a la actual emulación por un bienestar indetenido.

— Y en tercer lugar, *luchar por la solidaridad con las poblaciones futuras*, sosteniendo la armonía con la Naturaleza e impidiendo su degradación, según la fuerte tradición de nuestras poblaciones indígenas.

El hispanocaragüense Gorostiaga podía decir en 1991, de cara al Quinto Centenario:

La crisis de la civilización no es un concepto sino una realidad que necesita de nuevo una *síntesis* histórica.

Puede aparecer como romántico por nuestra parte el considerar que 1992, a 5 000 años del inicio de la Historia universal, que América Latina *como continente mestizo de síntesis sociales, culturales e históricas*, pudiera ofrecer la oportunidad de iniciar este proceso. Entre la esperanza y el desastre: así puede calificarse la dialéctica de sentimientos encontrados que nos envuelve en esta coyuntura.¹

Y un alemán, profesor en Berlín, Volker Lürk, podía también decir, poco antes, en 1990:

Hoy en día, viéndose Europa impregnada de un pesimismo nada paradójico, nuestra observación viene acompañada de sensaciones de *envidia* y *esperanza*, como si América Latina nos pudiera devolver algo que hemos perdido en nuestra larga trayectoria de modernidad y modernización, un algo que en el subcontinente quedó vivo.²

La rebelión iberoamericana

EL mundo indohispano, la Comunidad Iberoamericana, o es un desafío a la modernidad presente con otro proyecto humano de modernidad, o no es nada. O representa una no conformidad activa,

¹ "Nuevas formas de colonización en América Latina", en *V Centenario: memoria y liberación*, 1991, p. 99.

² "Isla, enclave y utopía", *Actas Latinoamericanas de Varsovia* (1990).

una rebelión frente al presente, o no es nada. Carecería de sentido si sólo fuera un sistema para alcanzar unidos la homologación con los triunfantes de hoy.

Una rebelión, pacífica en su forma, pero acelerada en su fondo.

Tampoco puede ser una negación del Occidente, porque lo más singular de este Occidente está dentro de ella. Sólo niega de él lo que ha promovido una determinada vía occidental hacia la modernidad. La Comunidad Iberoamericana se negaría a sí misma si apareciera como negadora del Occidente, si no apareciera como integradora de Occidente en una síntesis más universal.

La comunidad occidental, euronorteamericana, hoy sojuzgada, única e indiscutida, ha de ser convertida, puesta ante el espejo para que descubra, junto a sus ángulos hermosos, sus ángulos siniestros. Ha de ser minada por una creciente conciencia de que no es, en su forma vigente, universalmente imitable, de que es parcial, despilfarradora, complicada e intrínsecamente tensa.

La comunidad indohispana, si no se desnaturaliza, puede adelantarse en esa tarea, aportando un tipo de sociedad integradora: austera, sencilla, amable e inimitable.

Tal vez ha llegado el momento de proclamar que la sociedad occidental ha de ser regenerada por el diálogo con el mundo indohispano. Poéticamente lo señala Antonio Benítez-Rojo:

La cultura occidental contemporánea deja de lado demasiado a menudo el sentimiento, la pasión, el saber intuitivo, el amor como elemento esencial al definir el ser y el principio del Eros como elemento constitutivo de la naturaleza de las cosas. No es que el Occidente nunca haya podido llamar estos valores humanistas algo suyo propio, sólo se ha olvidado de ellos en su carrera apresurada. La cultura latinoamericana, sin embargo, que al fin y al cabo es una cultura joven, protegida por el manto de vírgenes ladinas y mulatas, exalta estos valores: en sus proyecciones —por suerte— la vida todavía es un milagro, un obsequio de Dios al hombre, para que éste *cumpla su historia y se libere por el amor al prójimo*.

En este siglo, la palabra latinoamericana ha empezado a sonar. Si el Occidente escucha y quiere escuchar, la humanidad entera tendrá su provecho. Pues en el marco de este diálogo trascendental, que ahora empezó, el Occidente representa al mundo y América Latina al hombre, y para que se cumpla el destino cósmico de la humanidad el hombre tiene que estar para el mundo y el mundo para el hombre.³

³ "Viejo y Nuevo Mundo: monólogo ayer. Diálogo hoy", citado por Volker Lürk, *op. cit.*

Me pregunto, finalmente ante el panorama del mundo presente que nos muestra, simultáneamente, difusión de las formas democráticas y concentración de núcleos de decisión: ¿cómo salir al paso, cómo deshacer este camino regresivo de concentración de poderes —internacionales y locales— que nos va devorando en cada vuelta del camino la esencia socializadora del poder de la democracia?

Particularmente entiendo que estos interrogantes —que de una u otra forma van apareciendo en politólogos, economistas y sociólogos críticos— deben ser resueltos en el nivel internacional por una conjunción de pensadores y movimientos de pueblos —irritados y resueltos— que se rebelen contra las deformaciones de la democracia presente, doblegada en una u otra parte por fuerzas monopolizadoras, una conjunción de voluntades e imaginaciones que se impongan la tarea de asumir el propio futuro, más allá y frente al futuro que otros nos tienen preparado.

Pero entiendo, al mismo tiempo, sin exclusiones ni mesianismos, que en una gran medida los pueblos de la Comunidad Iberoamericana encierran en su alma colectiva reservas importantes para asumir un papel adelantado en esta rebeldía. *La rebelión mestiza* continuará actuando. Son muchas energías las que se han invertido en luchas revolucionarias ibéricas y americanas, asomando su singular afirmación comuna más allá de las fórmulas estadísticas o individualistas ajenas. Son muchos los desvelos de escritores y ensayistas nuestros describiendo una realidad popular de infinitas riquezas atesoradas, aplastadas pero vivas, en espera de su irrupción cuando el momento llegue. Son muchos los esfuerzos de los hombres y mujeres de comunidades sociales obstinadas en salir adelante frente a las tormentas de la naturaleza o de los ajustes neoliberales. Son muchos los estudios de economistas y sociólogos que se sumergieron en las hondonadas de las dependencias de nuestros países y predicaron una urgente tarea de liberación. Muchos los que levantaron teologías liberadoras. Son muchos, muchos. Muy dispersos, ciertamente. Pero, aun dispersos, vistos a la distancia, auscultando su latir profundo, acaban por verse como un ancho río de respuestas, desembocando en el mar de todos los pueblos y de todas las culturas, para dar a ese océano global un sabor comunero y liberador.

No es fuera de tiempo decirlo ahora, cuando vamos a alcanzar la fecha de 1998. A los cien años de que, finalizada la forma antigua de Comunidad, ingresemos en la germinación de la nueva forma, la que surge entre iguales.

Ofrecí una exposición enteramente subjetiva. Alejada de los datos y cifras en que me muevo habitualmente. No podía hacer —o no quería hacer— otra cosa, tan lejos de mi tierra natal —Extremadura— y en Chile (en la Nueva Extremadura), tan dentro de mi Patria Grande. Si me he extralimitado, perdonadme.